

La dimensión ética del acto médico y la sostenibilidad del profesional: De la seguridad del paciente al imperativo del autocuidado

Dr. Claudio Tartaglia Pulcini

La irrupción de una nueva cohorte de profesionales en la disciplina anestesiológica no representa un mero hito cronológico, sino una oportunidad epistémica para examinar la naturaleza profunda de nuestro ejercicio clínico. Hallarse en el estrado del Aula Magna de la Universidad de Buenos Aires (UBA) —escenario históricamente honrado por premios Nobel y destacados referentes de la medicina— demanda un explícito reconocimiento a las autoridades institucionales, en particular a la Dra. Claudia Negri y al Dr. Matías Rojo, cuya gestión posibilita la continuidad de este acto académico. No obstante, la culminación de este trayecto formativo no constituye la finalización de un camino, sino el inicio de una praxis integral: el verdadero vivir la Anestesiología.

La Anestesiología no debe ser conceptualizada como una mera especialidad técnica, sino como un estilo de vida atravesado por un compromiso deontológico ineludible. En el escenario perioperatorio, el paciente deposita en el equipo de salud bienes de inestimable valor: su conciencia, su ansiedad y su temor en uno de los momentos de mayor vulnerabilidad de su existencia. Este acto de confianza absoluta reviste un carácter sagrado que exige ser renovado en cada acto quirúrgico. En este marco, la seguridad del paciente no puede reducirse a un protocolo normativo adherido a una pared; constituye una actitud, una presencia atenta y una decisión ética inquebrantable.

Sin embargo, una disección rigurosa de nuestra práctica revela una premisa omitida con frecuencia en los discursos académicos: **quien cuida, también necesita ser cuidado.**

Resulta insostenible pretender brindar contención a otros cuando el propio profesional se encuentra agotado, desbordado o en aislamiento. Un anestesiólogo que no duerme, que no se alimenta adecuadamente, que naturaliza el cansancio extremo, que silencia sus angustias y omite solicitar ayuda, es, desde la perspectiva de la salud ocupacional, un profesional en riesgo. Es preciso desterrar la falacia de que el autocuidado representa un acto de egoísmo: se trata de una estricta responsabilidad profesional.

Bajo este paradigma, el ejercicio cotidiano debe estructurarse mediante pautas operativas fundamentales:

- **La preservación del descanso** debe gestionarse con el mismo rigor y precisión métrica con la que se administra una dosis anestésica.
- **El resguardo de la salud mental** requiere ser abordado bajo la misma lógica preventiva de una vía aérea difícil: anticipando escenarios, planificando la estrategia y erradicando la improvisación.
- **La comunicación asertiva** debe consolidarse como un canal válido para expresar las cargas emocionales, solicitar asistencia interdisciplinaria y establecer límites indispensables.

La medicina contemporánea no requiere la figura del héroe invulnerable; demanda profesionales íntegros, humanos y conscientes de su dimensión biológica.

Esta misma sensibilidad debe proyectarse en la interacción con el paciente. En la sala de preoperatorio, frente al profesional no se halla un número de cama ni una historia clínica, sino una persona atravesada por el miedo. Mirar a los ojos, formular una pregunta sobre su estado, llamarlo por su nombre o tomar su mano representan intervenciones con un valor terapéutico incalculable que trascienden los manuales formales. Esta dimensión humana debe proyectarse analógicamente hacia el interior del equipo quirúrgico: hacia el residente en proceso de aprendizaje, hacia el personal de enfermería en jornadas prolongadas y hacia el colega en la complejidad de una guardia. La empatía también se entrena, y de nuestra conducta depende transformar el quirófano en un entorno hostil o en un espacio de respeto y contención.

Desde el inicio del ejercicio profesional, cada acción individual lleva impreso el prestigio colectivo de la especialidad y de nuestra institución rectora, la AAARBA. Cuando un anestesiólogo se desempeña con excelencia, ética y humanidad, la disciplina

en su totalidad se eleva; por el contrario, cuando estos valores se degradan, toda la comunidad padece sus consecuencias. Aunque constituimos una especialidad silenciosa —a menudo invisible ante la evolución favorable, pero profundamente indispensable para la medicina moderna—, es nuestro deber custodiar su prestigio con orgullo y compromiso, honrando a quienes nos precedieron en la apertura de espacios de formación y crecimiento.

Resulta imperativo rendir homenaje a la memoria de un referente inolvidable de nuestra comunidad, el padrino de esta promoción, el Dr. Carlos Carbajal. Además de un anestesiólogo ejemplar, el Dr. Carbajal fue un gran maestro, un excelente colega y un referente insustituible cuya ausencia se percibe diariamente. Su legado perdura y nos convoca a la participación activa y al involucramiento institucional dentro de esta comunidad de la AAARBA, dispuesta siempre a sostener a sus miembros.

En conclusión, el ejercicio de la Anestesiología nos desafía a converger en la excelencia profesional y en la integridad humana. Cuídense para poder cuidar, y no olviden jamás el enorme privilegio que significa que un ser humano, en su momento de mayor vulnerabilidad, deposite su confianza en ustedes. Bienvenidos a la pasión de la Anestesiología y a la Asociación de Anestesia, Analgesia y Reanimación de Buenos Aires.